

De la inexorable miseria de la condición humana según Inocencio III

Of the Inexorable Misery of the Human Condition According to Innocent III

Juan Granados Valdéz †



Fecha de entrega: 19 de octubre de 2023
Fecha de evaluación: 15 de julio de 2024
Fecha de aprobación: 20 de diciembre de 2024

Citar como: Granados Valdéz, J. (2025). De la inexorable miseria de la condición humana según Inocencio III. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 46(132), 116-132. <https://doi.org/10.15332/25005375.10917>

Resumen

En este trabajo se expone, en su contexto, la obra de Inocencio III, *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis*, se presenta su argumento y se evalúa su actualidad. Se propone que los asertos, al margen de los presupuestos filosóficos y teológicos de cuño cristiano, tienen el acierto de ser claros y precisos, al punto de poder considerarlos de manera independiente y ponerlos en diálogo con otras posiciones o posturas. Asimismo, se hace notar que de la constatación de la miseria humana se desprendería una ética de la misericordia.

Palabras clave. condición humana, miseria, pecado, redención, Dios.

†Universidad Autónoma de Querétaro. Correo: juan.granados@uaq.mx. ORCID: 0000-0003-4020-9055.

Abstract

In this work, the work of Innocent III *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis* is presented in its context, its argument is presented, and its relevance is evaluated. It is proposed that the assertions, apart from the philosophical and theological assumptions of a Christian nature, have the success of being clear, precise, to the point of being able to consider them independently and put them in dialogue with other positions or positions. Likewise, it is noted that an ethic of mercy would emerge from the verification of human misery.

Keywords:. human condition, misery, sin, redemption, God.

Introducción

Que la miseria de la condición humana es inexorable (forzosa, inapelable, fatal) es lo que sostuvo, en su tiempo, el que sería el papa Inocencio III en su obra *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis*, previa a su elección como sumo pontífice. El propósito de este trabajo es, aceptado el planteamiento como reto, valorar su vigencia y, en su caso, la verdad de sus asertos, por medio del análisis de su argumento. De antemano se proponen algunos deslindes. El primero consiste en no identificar la miseria con la pobreza material; el segundo, en que no se parte del juicio de si es o no pesimista la obra, sino de si dice verdad, a pesar de ser dolorosa e inadmisibles para algunas sensibilidades.

Para este trabajo se pondrá el texto en sus contextos, apuntando sus antecedentes, su tiempo y algunas precisiones terminológicas. De las partes uno y dos, se valorará el argumento en general y en sus partes. Se prescinde de la tercera parte por ser escatológica y para la cual se requeriría incursionar en la teología, cosa que, por el momento, queda fuera de la competencia de quien esto escribe. Se termina con una conclusión sobre la validez de la obra de este papa y una reflexión final. Se suman las influencias y los paralelismos sobre la discusión suscitada por *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis* en el Renacimiento y más adelante, así como un esbozo de una ética filosófico-teológica de la misericordia.

Antecedentes temáticos: la miseria según Agustín de Hipona

Un precedente, en el *señalamiento* de lo miserable que es la condición humana, en San Agustín. En pocas líneas, y sin ahondar en los desarrollos que se encuentran en las grandes obras del Obispo de Hipona, y solo para dejar constancia del paralelismo y la influencia con y en Inocencio III, se expone brevemente la *definición* que ofrece el Doctor de la Gracia en sus sermones sobre la miseria.

San Agustín, en los sermones 167 y 358 A (trad. Pío de Luis Vizcaíno OSA), siguiendo la estela de San Pablo (Ef 5: 15-16), trata, pues, de la miseria humana. Dice, en el primero, que hay dos cosas que hacen que los días sean malos: la maldad o malicia y la miseria. La miseria, sigue, es común a todos, a diferencia de la malicia. Desde el pecado de Adán, por el cual fue expulsado del paraíso, ya no hubo días buenos, sino malos, afirma el Obispo de Hipona. Pone como ejemplo que los niños, cuando nacen, lloran y no ríen, cosa que bien podrían hacer. Nada más nacer, el niño llora. Al llorar, se convierte en profeta de su propia calamidad; es decir, da testimonio de su miseria y de la miseria de la condición humana. De hecho, agrega, aunque viva justamente, siempre vivirá en medio de fatigas, temores y tentaciones. ¿Qué hacer ante ello? Buscar ser sabios en estos malos días de la vida (condición, circunstancia...) humana, propone.

La propuesta agustiniana está en consonancia con la palabra bíblica. La Biblia trata la idea de que la humanidad es propensa al pecado y a la imperfec-

ción. En Romanos 3:23 se dice que “Por cuanto todos pecaron, [...] están destituidos de la gloria de Dios”. En Eclesiastés 7:20 se afirma que “No hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque”. La Escritura sugiere que la condición humana hace propensos a los hombres al pecado y a la imperfección. Sin embargo, también hay pasajes que hablan de la misericordia y el amor de Dios, que ofrecen una oportunidad de salvación de esta condición.

La miseria es, por tanto, una condición humana que, desde el nacimiento, queda profetizada por el llanto del neonato. El ser humano puede evitar lo más posible la malicia y vivir según la justicia, pero, por su condición, no podrá hacer lo mismo con la miseria, ya que, por el hecho de nacer, estará sujeto a fatigas, temores y tentaciones. La miseria de la condición humana, para San Agustín, se debe a la existencia del pecado original y a la necesidad de la gracia divina para la redención del ser humano y su restauración en su relación con Dios, ya que el pecado original arruinó la relación del ser humano con Dios y trajo consigo la muerte, el sufrimiento y la enfermedad al mundo.

Contextos de Inocencio III

Lotario de Segni nació en 1161 en una familia noble italiana. Estudió teología en la Universidad de París y derecho canónico en la Universidad de Bolonia. Fue nombrado cardenal por el papa Clemente III. Tras el fallecimiento de Celestino III en 1198, fue electo papa y tomó el nombre de Inocencio III, cargo que ocupó hasta 1216. Fue un notable diplomático. La época en la que ejerció se caracterizó por el empoderamiento de la burguesía, el protagonismo de los reyes de Francia e Inglaterra, el poderío militar musulmán, con Saladino a la cabeza, y la propagación de las doctrinas heréticas de los cátaros, valdenses y *patarinos*. Defendió la plena soberanía de la Iglesia.

A la muerte de Enrique VI, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, se impuso como árbitro de los pretendientes al trono, cosa que plasmó en su libro *De contemptu mundi*, en el cual sostenía que el Imperio procedía de la Iglesia en su origen y en sus fines. Su política, en fin, fue problemática. Tuvo controversias con los reyes nacionales. Impulsó cuatro cruzadas a Tierra Santa y una contra los albi-

genses. Apoyó los movimientos mendicantes de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán. Convocó el IV Concilio de Letrán en 1215. Destaca el documento *Omnis Utriusque Sexus*, con el que se promulgaba la obligación a los adultos de recibir, al menos una vez al año, los sacramentos de la reconciliación y la comunión (Soto, 2018).

Entre 1194 y 1195, a los 35 años, redactó *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis*, cuya traducción puede ser “Del desprecio del mundo o de la miseria de la condición humana”. Se trata de un tratado ascético-moral en el que describe la miseria (basura) de la condición humana desde el nacimiento hasta el juicio final y en todas las circunstancias. Es una reflexión sobre la condición humana y la necesidad de la salvación cristiana.

Con el objetivo de “derribar la soberbia, cabeza de todos los vicios (Eccli. X)”, dice Inocencio III: “describí la vileza de la condición humana”. Cita la Biblia y algunas fuentes clásicas, patrísticas y escolásticas, entre ellas los libros de San Agustín. Consta de tres libros. El primero se titula “Del inicio miserable de la condición humana”. En este libro sostiene que la condición humana es miserable por su cuerpo y sus pasiones, ya que las vicisitudes llenas de dolor hacen que la vida se llene de sombras. El segundo libro se titula “Del progreso culpable de la condición humana”. Afirma en él que el ser humano, atado por las riquezas, los honores y los placeres, se vuelve (adviene) avaro, lujurioso, orgulloso, injusto, incontinente y vanidoso, por lo que él mismo crea su infelicidad y miseria. El tercer libro se titula “La decadencia lamentable del hombre”. Es una meditación sobre la muerte.

Precisiones terminológicas previas

Para entender, desde el título y el propósito, la intención de Inocencio III, se realizan algunas precisiones terminológicas. Condición, del latín *conditio* —*onis*, se entiende, en primer lugar, como naturaleza, propiedad, carácter, estado, situación o circunstancia de las cosas o de las personas. También se interpreta como constitución primitiva y fundamental, así como calidad de nacimiento. Lo anterior se aplica a los

pueblos y a los individuos humanos, respectivamente. Inocencio III pretende dar cuenta de ello en su obra.

Miseria tiene las acepciones de 1) “estrechez o pobreza extrema”, “desgracia o infortunio”, “suciedad extrema”, “cantidad insignificante”; 2) “tacañería o avaricia” y “flaqueza, debilidad o defecto”. Miseria significa algo de la situación o de la personalidad; esto es, se predica de la circunstancia vivida, que puede ser estrecha, pobre, desgraciada, desafortunada, sucia o insignificante, o dice algo respecto al modo de ser y de comportarse de alguien, que puede ser tacaño, avaro, débil o defectuoso. En este sentido, se dice de alguien que es *miserable* porque es *extremadamente* tacaño, pobre, insignificante, desdichado, abatido o infeliz. El miserable lo es porque es pobre y desgraciado, o porque se le ha retirado la gracia, o porque quita la gracia a otro. La miseria se opone a la felicidad. Se dice de quien no es feliz o es desdichado que es *miser*. Quizás, por eso, su condición sea la de tener poco valor. La miseria del miserable puede ser la que recibe, de la que es objeto, o la que hace, de la que es sujeto.

La palabra “miseria” viene del latín (“miser”, desgraciado; sufijo “-ia”, cualidad; “cualidad de ser desgraciado”) y significaba pobreza, desgracia o infortunio. Miseria tiene las acepciones de estrechez, pobreza extrema, condición miserable, tacañería, avaricia, flaqueza, debilidad, defecto, desgracia, infortunio, suciedad, insignificancia y plaga (de piojos). La pobreza es la cualidad de pobre y significa también escasez. El pobre es el desgraciado, el humilde (de poco valor), el desdichado, el corto de ánimo o el que no tiene lo necesario para vivir. La desgracia (falta de gracia) es una situación infeliz en la que se sufre un suceso doloroso, porque produce dolor o pena. Infortunio significa suerte desdichada o fortuna adversa, estado desgraciado en el que está alguien y hecho desgraciado. Miseria y desgracia son, al menos, sinónimos.

Lo que dice “*desgracia*” es que, efectivamente, falta la gracia. Que falte se debe a que nunca se tuvo (o ha tenido) o se perdió, y por eso ya no se tiene; y ahora, en el momento en el que se habla de desgracia o se dice de alguien que es desgraciado, falta. Miserable, predicado de una persona, significa “que vive en un estado de pobreza extrema” o “que es desgraciado o infeliz”. También admite, como adjetivo, los signifi-

cados de ruin, canalla, tacaño, pobre, insignificante, desdichado, abatido e infeliz. La vileza se relaciona con la miseria. Lo vil es lo despreciable e indigno o, porque algo es indigno (miserable), es que es despreciable. Inocencio III describe la vileza como miseria humana, y la entiende como sufrimiento, pecado y debilidad que afecta a toda la humanidad por el pecado original.

Describir viene del latín “describere”, que significaba, en tercer lugar, transcribir, copiar y describir. Deriva de “scribere”, escribir. Significaba escribir sobre la forma en que se percibe algo o explicar por escrito y en detalle. En su uso, tiene las acepciones de “Delinear, dibujar, figurar algo, representándolo de modo que dé cabal idea de ello”, “Representar a alguien o algo por medio del lenguaje, refiriendo o explicando sus distintas partes, cualidades o circunstancias”, y “Definir imperfectamente algo, no por sus predicados esenciales, sino dando una idea general de sus partes o propiedades”.

Es lo que hace Lotario: describir, así lo dice, la vileza de la condición humana. Dicha descripción define y explica en qué consiste tal vileza. Delinea, dibuja o representa la condición humana, la de todos los seres humanos.

Resumen del argumento de la *descripción* de la vileza de la condición humana en el *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis*

Inocencio III sostiene que la condición humana es miserable, precaria y desdichada, con base en la Escritura (*Génesis*, *Eclesiastés*, *Eclesiástico*, *Libro de Job*, *Primera carta de Juan*, etc.), porque el ser humano, por su cuerpo y sus pasiones, vive vicisitudes llenas de dolor que hacen que su vida se llene de sombras (según desarrolla en el libro primero); porque el ser humano, atado por las riquezas, los honores y los placeres, se vuelve (adviene) avaro, lujurioso, orgulloso, injusto, incontinente y vanidoso, por todo lo cual él mismo crea su infelicidad y miseria (de acuerdo con lo que expone en el libro segundo); y porque el ser humano muere y el destino que le espera, el infierno, es penoso (tal como lo argumenta en el libro tercero).

En lo que sigue, se desglosarán los argumentos específicos para cada razón que aporta Inocencio III a su tesis principal. La primera, correspondiente al libro primero, será la más extensa, ya que se debe más a razones naturales. La segunda, correlativa al segundo libro, corresponde a las razones morales, más relacionadas con las consecuencias del pecado original. La tercera, apenas esbozada hacia el final, tiene que ver con las postrimerías de la vida terrena individual de los condenados al Infierno y el día del juicio final. Se intercalan algunos comentarios en la exposición del argumento para dar cuenta de la actualidad de este.

El ser humano, por su cuerpo y sus pasiones (tal como argumenta en el libro primero), es miserable, porque vive vicisitudes llenas de dolor que hacen que su vida se llene de sombras. Desde que nace, y aún antes, desde su concepción, inicia su miseria, porque la materia de la que está compuesto ya es vil, porque es *imbécil* (necesitado) cuando es *infante* (carece de la capacidad de hablar), porque el parto deforma, porque nace desnudo, porque la senectud es incómoda, porque la vida es breve, porque debe trabajar y estudiar, porque vive en ansiedad, porque no importa si es rico o pobre, bueno o malo, soltero o casado, porque tiene enemigos, porque tiene cuerpo, porque sus alegrías son fugaces, porque los dolores son inesperados, porque tiene de vecina a la muerte, porque sufre en los sueños, porque sufre infortunios y amarguras, y porque la vida llega a ser injusta, como cuando se premia al culpable y se castiga al inocente.

El ser humano, atado por las riquezas, los honores y los placeres, se vuelve avaro, lujurioso, orgulloso, injusto, incontinente y vanidoso, por todo lo cual él mismo crea su infelicidad y miseria (de acuerdo con lo que expone en el libro segundo), porque desea y persigue el dinero, la abundancia y las promesas de riqueza; prefiere los regalos y las causas que a las personas, vende la justicia, es insaciable en su libido, ya que anhela siempre más, es avaro, sirve a ídolos (los poderosos, los ricos, el dinero), comete actos inicuos para conseguir riquezas, vive en la incertidumbre por el dinero, es goloso, se embriaga y pierde el pudor, es lujurioso, es ambicioso, es soberbio y se parece a Lucifer, es arrogante, es fraudulento, se ocupa de cuidados superfluos, se adorna superfluamente, y su corazón se enturbia y corrompe. Y una vez lleno de tanta maldad, en la muerte, sufre y padece dolores.

La concupiscencia mueve su comportamiento: “La concupiscencia de la carne lleva a las voluptuosidades, la concupiscencia de los ojos, a los poderes, la soberbia de la vida, a los honores. Los poderes generan deseos y avaricia; los deseos dan a luz la gula y la lujuria; los honores nutren la soberbia y la jactancia” (Libro II, 208). Esto es, el ser humano hace lo depravado, ofendiendo a Dios, al prójimo y a sí mismo; actúa torpemente, ensuciando la fama, la conciencia y la persona; convierte en vanas las cosas serias, útiles y necesarias. Y por todo lo anterior, es miserable.

El ser humano muere y el destino que le espera, el infierno, es penoso (tal como lo argumenta en el libro tercero), porque los cadáveres se pudren. Es triste la memoria de los condenados, es inútil la penitencia de los condenados, hay innumerables penas en el infierno, los condenados padecen en angustia inefable, el infierno es fuego y oscuridad, y los tormentos infernales son perpetuos. Todo esto se descubrirá el día del juicio. En síntesis, para Inocencio III:

El hombre es concebido de la sangre por la ardiente putrefacción del deseo, como si gusanos fatales estuvieran cerca de su cuerpo. Vivo, cría piojos y lombrices de tierra; muerta, genera gusanos y moscas. Vivo, produce excrementos y vómitos; muerto, produce podredumbre y hedor. Vivo, solo engorda a un hombre; muerta, engorda muchos gusanos. [...] Entonces, ¿para qué sirve la riqueza? ¿Las fiestas? ¿Los placeres? No nos librarán de la muerte, no nos salvarán del gusano, no nos salvarán del hedor. El que a veces se sentó glorioso en el trono, a veces yace, despreciado, en la tumba. El que a veces brillaba, adornaba, en la corte, a veces se degrada, está desnudo, en la tumba. El que a veces se deleitaba con deliciosos manjares en la mesa, a veces es devorado por los gusanos en el sepulcro. (Libro III, capítulo 1)

Desarrollo y actualización del argumento del Primer Libro

Para Inocencio III, el ser humano está formado de polvo, fango (que se hace de polvo y agua) y cenizas

(hechas de limo y fuego), porque fue concebido en la culpa, la iniquidad y el pecado, “la ruina de que se unta el alma infundida”; porque ha nacido para el dolor, el temor, el trabajo y la muerte; porque su vida es una lucha; y porque la muerte siempre le está cerca. Está formado de polvo, fango (que se hace de polvo y agua) y cenizas porque fue creado del limo de la tierra, el más vil de los elementos (Gn 2); porque los seres ígneos son superiores al hombre; porque no se prefiere a los seres terrestres, ya que es parejo a los jumentos (asnos, burros) y su semejante; y porque el que está hecho de polvo y de ceniza no tiene de qué vanagloriarse.

El ser humano fue concebido en la culpa, la iniquidad y el pecado, “la ruina de que se unta el alma infundida”, porque fue formado de semen inmundo, manchado, viciado. El coito, incluso el matrimonial, se hace con el prurito (comezón) de la carne, el fervor y la pestilencia de la lujuria. El feto se alimenta de la sangre de la menstruación, que es inmunda, capaz de secar árboles y contagiar de rabia a los perros. La carne es corrupta y corrompe; el cuerpo es cárcel del alma. “Nunca reposo y tranquilidad, nunca paz y seguridad, por todas partes temor y temblor, por todas partes trabajo y dolor. Mientras viva la carne, habrá dolor y mi alma siempre se lamentará” (p. 202). La alegría dura poco. A esta la sucede la tristeza repentina. La felicidad mundana está salpicada de amarguras.

¿Tienen sentido en nuestros días las afirmaciones de Lotario? La afectación en la función reproductiva, que puede padecer cualquiera de los padres, es causa de sufrimiento. La interrupción involuntaria, e incluso voluntaria, del embarazo es causa de dolor y sufrimiento. Desde la concepción, los bebés pueden venir con problemas estructurales o funcionales debido a anomalías genéticas, por ejemplo. Un embarazo ectópico, es decir, un óvulo fertilizado e implantado fuera del útero, trae problemas a la madre. Son comunes las enfermedades hereditarias y los síndromes genéticos. La diabetes o la hipertensión de la madre afectan la concepción y el desarrollo del feto. Las infecciones, como la rubéola o el VIH, se transmiten al no nato y lo afectan. La exposición a sustancias tóxicas daña al bebé. El desarrollo fetal se ve afectado por una dieta deficiente. La falta de oxígeno

en el parto deja secuelas de por vida, llegando incluso a dañar el funcionamiento neuronal.

Desde la concepción, así como durante el desarrollo prenatal, se sabe por la medicina que la condición humana es ya débil y dolorosa; en una palabra, miserable, ya que surgen problemas de salud como infertilidad, aborto espontáneo, malformaciones congénitas, embarazo ectópico, problemas genéticos, enfermedades maternas, infecciones, exposición a toxinas, deficiencias nutricionales y complicaciones en el parto.

Durante el parto mismo se descubre aún más lo miserable de la condición humana. Los hombros del bebé pueden quedar atrapados al no poder pasar por el canal del parto (distocia de hombros), lo que pone en peligro su vida y la de la madre. Una hemorragia o pérdida excesiva de sangre después del parto puede llevarla a la muerte. Esta también puede sufrir desgarreros perineales durante el parto vaginal. El bebé puede quedar atrapado y sin oxígeno si sale primero el cordón umbilical (prolapso del cordón umbilical). Pueden ocurrir infecciones después del parto, especialmente por la incisión de la cesárea. Un parto prematuro es muy riesgoso para la salud y la vida del recién nacido debido a su inmadurez. Si el parto es de alto riesgo, se opta por la cesárea, lo cual ya implica dañar intencionalmente los tejidos de la madre, lo que la obliga a someterse a procesos anestésicos que después la hacen sentir débil y adolorida. También pueden ocurrir asfixia neonatal o lesiones en los nervios, como el plexo braquial, en los bebés. Hay casos en los que la madre sufre eclampsia o embolia pulmonar durante o después del parto.

Más aún, el crecimiento humano mismo se ve afectado por varios problemas, ya sean genéticos o ambientales. Se puede retrasar el crecimiento por factores genéticos, desnutrición, enfermedades crónicas o endocrinas, y puede tener como saldo una estatura más baja de lo esperado para la edad. Asimismo, la falta de nutrientes, como proteínas, vitaminas y minerales, afecta el crecimiento y el desarrollo infantil. Los trastornos del crecimiento hormonal son otra causa de sufrimiento y miseria. A estos se suman los síndromes genéticos, como el de Turner o el de Noonan, asociados a estaturas bajas y anormalidades en el crecimiento. Enfermedades crónicas, como la celíaca o la renal, también afectan el desarrollo nor-

mal. Igualmente, los trastornos endocrinos, como el hipotiroidismo y el hipertiroidismo, tienen un impacto negativo.

La exposición a toxinas, el estrés crónico o condiciones socioeconómicas desfavorables pueden afectar negativamente el crecimiento. El aumento de peso excesivo durante la infancia puede tener un impacto negativo en el crecimiento y aumentar el riesgo de problemas de salud. A lo anterior se suman la pubertad precoz o retrasada y los trastornos de la alimentación, como la anorexia y la bulimia.

A lo largo de la vida se suscitan muchos problemas de salud, que van desde las enfermedades comunes hasta las graves. Piénsese —y en lo que sigue se enlistan varios casos— en las enfermedades infecciosas (gripes, resfriados, infecciones bacterianas y virales), las enfermedades crónicas (diabetes, hipertensión, enfermedad cardíaca, enfermedad pulmonar obstructiva crónica (EPOC) y artritis), el cáncer, las lesiones (accidentes automovilísticos, caídas, lesiones deportivas y otras causas de traumatismos), las enfermedades mentales (depresión, ansiedad, esquizofrenia y trastornos del espectro autista), los problemas del sistema nervioso (Alzheimer, Parkinson y migrañas), las enfermedades respiratorias (asma, bronquitis crónica y fibrosis quística), los trastornos alimentarios (anorexia y bulimia), los problemas gastrointestinales (enfermedad de Crohn, colitis ulcerosa y enfermedad del reflujo gastroesofágico (ERGE)), las enfermedades genéticas (fibrosis quística, enfermedad de Huntington y distrofia muscular), los problemas oculares y auditivos (miopía, catarata, sordera y glaucoma), las enfermedades del sistema renal (insuficiencia renal crónica e infecciones urinarias), las enfermedades del sistema endocrino (hipotiroidismo, hipertiroidismo y enfermedad de Addison), las enfermedades autoinmunitarias (lupus eritematoso sistémico y esclerosis múltiple), las enfermedades inmunoprevenibles (sarampión, tos ferina y polio), las enfermedades de transmisión sexual (VIH, sífilis y gonorrea) y los problemas dentales (caries, enfermedades de las encías y pérdida de dientes).

La enfermedad, del latín *infirmitas* (falta de firmeza, debilidad), puede definirse como una alteración del estado de salud de un organismo y, a menudo, tiene causas identificables relacionadas

con procesos biológicos, como infecciones, anomalías genéticas y exposición a tóxicos, entre otros factores. En consecuencia, la enfermedad implica un conjunto de síntomas y signos objetivos que pueden ser evaluados y diagnosticados desde una perspectiva médica y científica. Las enfermedades en los seres humanos son causadas por factores genéticos, ambientales, sociales y por el estilo de vida. Por ejemplo, la exposición a sustancias tóxicas, como el tabaco, el alcohol y otros químicos; la contaminación ambiental, ya sea del aire o del agua; el contacto con microorganismos patógenos; una vida poco saludable; el estrés; la falta de sueño y la predisposición genética a ciertas enfermedades son causas de enfermedades en los seres humanos.

Se dice que hay predisposiciones genéticas a ciertas enfermedades porque, aunque no de forma determinante, en las personas existen variantes genéticas que aumentan la probabilidad de que se desarrolle determinada enfermedad. Estas variantes pueden ser heredadas de los progenitores o ser el resultado de mutaciones en el ADN. Ejemplos de enfermedades para las cuales hay predisposiciones genéticas son las cardíacas, la diabetes, ciertos tipos de cáncer, enfermedades neurodegenerativas, Alzheimer y autismo. Una enfermedad terminal puede provocar ansiedad, miedo, tristeza, dolor, ira, negación, incertidumbre y desesperanza. Además, la persona afectada puede pasar por un período de duelo anticipatorio debido a la certeza de su inminente muerte.

Así pues, el ser humano ha nacido para el dolor, el temor, el trabajo y la muerte, porque muchos nacen deformes, cual abominaciones o monstruos; con miembros disminuidos y sentidos corrompidos, cual infamia para los padres; lábiles, débiles, imbéciles. La mujer concibe con inmundicia y pestilencia, pare con tristeza y dolor (Eva = “ay de mí”), nutre con angustia y trabajo, custodia con asiduidad y temor; entra desnudo y así sale; pobre accede y pobre se retira. El ser humano vive breve tiempo; sus días pasan velozmente. La vejez, si llega a ella, está llena de avatares desdichados:

Si alguno arriba a la vejez, inmediatamente, su corazón se aflige, su cabeza se debilita, el espíritu languidece, el aliento huele mal, el rostro se arruga, la estatura se curva, los ojos se nublan, las articula-

ciones vacilan, las narices derraman sus líquidos, los cabellos se caen, el tacto tiembla, el movimiento se pierde, los dientes se pudren, los oídos ensordecen. El anciano es provocado fácil y difícilmente se arrepiente; cree inmediatamente y deja de creer tardíamente, es tenaz y libidinoso, triste y quejoso, veloz para hablar y tardo en oír, pero no para la ira, alaba los antiguos y desprecia los modernos, vitupera el presente, añora el pasado, suspira y ansía, es torpe y se enferma. Ciertamente, ni los ancianos se gloríen de los jóvenes, ni los jóvenes sean insolentes contra los ancianos, porque lo que somos, este lo fue y seremos alguna vez lo que este es. (Inocencio III, 2018, p. 191)

Se sabe que el ser humano, con su cuerpo, envejece como cualquier organismo vivo. El envejecimiento conlleva cambios en los órganos, los tejidos y las células. Estos cambios se deben, aunque se suman otros factores, a la disminución de la capacidad de regeneración de los tejidos, la acumulación del daño celular y la alteración de la expresión genética. El desgaste ocurre porque los procesos metabólicos normales producen toxinas que dañan las células. El daño acumulado da lugar al envejecimiento. Y con el envejecimiento advienen más dolores y fatigas, así como más temores y penas.

Todos los días están llenos de trabajos, fatigas y aflicción de la mente, que ni siquiera de noche reposa. Toda acción humana es trabajo y aflicción:

Corren y recorren los mortales por setos y senderos, suben montes, pasan colinas, atraviesan rocas, anhelan los Alpes, franquean las fosas, ingresan en las cavernas, escudriñan las vísceras de la tierra, los profundos mares, los ríos desconocidos, las selvas sombrías, los lugares solitarios, se exponen a los vientos y chaparrones, a los truenos y rayos, a las olas y tempestades, a las ruinas y precipicios. Forjan y atizan los metales, esculpen y pulen las piedras, talan los bosques y alisan las maderas, tejen telas y trenzan vestidos, cosen y remiendan, edifican casas, plantan huertos y cultivan los campos, cavan

viñas, encienden hornos, construyen molinos, pescan, cazan y acechan aves. Meditan y piensan, aconsejan y ordenan, se quejan y litigan, se alborotan y hurtan, engañan y comercian, contienden y pelean, realizan innumerables cosas semejantes, de modo que acumulan fuerzas, multiplican las artes, cortejan el lucro, conquistan honores, adquieren dignidades, extienden los poderes. (Inocencio III, 2018, p. 193-194)

La tarea de los sabios, que investigan “las alturas del cielo, las amplitudes de la tierra, las profundidades del mar”, que tratan “de todas las cosas”, que aprenden y enseñan, es trabajosa, dolorosa y aflige al espíritu. El hombre “investiga hierbas y árboles que producen flores, follaje y frutos. El investigador, en cambio, da pelos, lombrices y liendres. Los primeros se transforman en óleo, vino y bálsamo; el segundo, todo lo vuelve esputo, orina y estiércol. Árboles y flores perfuman con la suavidad de su olor; el hombre es pura pestilencia” (Inocencio III, 2018, p. 190).

Además, “el que entiende mucho duda y el que parece saber para sí más, más pierde el juicio” (Inocencio III, 2018, p. 193). Igualmente, la ansiedad ahoga a los seres humanos, porque a los hombres:

el cuidado los aflige, la inquietud los molesta, el miedo los espanta, el temblor los sacude, el horror los rodea, el dolor los aflige, la tristeza los perturba, la tribulación los entristece [...] a todos los entristecen los tormentos y están repletos de las aflicciones mundanas. (Inocencio III, 2018, p. 194)

A los pobres los aprieta el hambre. Viven afligidos por la fatiga, por la falta de alimento, por la sed, el frío y la desnudez. Son rechazados y turbados. No valen nada. Maldicen a quien deben bendecir. Los ricos son miserables porque son estimados por su fortuna. Como rico es afamado, pero como podrá es rechazado. El rico que nada en la opulencia hace que sus penas se multipliquen al tenor del deleite de sus culpas. Teme poseer. Se duele cuando pierde. Está fatigado y afligido. Señores y siervos padecen, por igual.

Hay múltiples razones por las que una persona puede tener problemas financieros. Algunas de las

causas más comunes incluyen una planificación financiera insuficiente, un endeudamiento excesivo, la falta de un presupuesto, gastos imprevistos, la pérdida del empleo, una disminución en los ingresos, un aumento en los gastos o la falta de conocimiento financiero. También existen factores externos que pueden contribuir a los problemas financieros, como las fluctuaciones en el mercado, las tasas de interés y la inestabilidad económica a nivel nacional o global. Algunos de los problemas laborales más comunes incluyen: problemas entre compañeros de trabajo, falta de reconocimiento o gratitud, falta de comunicación, dificultades de gestión o liderazgo, desigualdades salariales, discriminación en el trabajo, insatisfacción laboral, estrés laboral y *Mobbing* o acoso laboral.

Casados y célibes sufren, aunque los motivos sean opuestos. Los matrimonios pueden fracasar por múltiples razones. Algunas de las causas comunes incluyen la falta de comunicación, problemas financieros, falta de intimidad, desacuerdos sobre cómo criar a los hijos, infidelidad, diferencias en valores y objetivos, falta de compromiso, problemas de salud mental, adicciones y problemas personales no resueltos, entre otros. También puede haber factores externos que contribuyan a la complejidad de la situación, como cambios en las circunstancias de la vida y las expectativas culturales o sociales sobre el matrimonio y la vida en pareja.

La infidelidad en una pareja puede ser motivada por diversas razones que varían dependiendo de la situación única y dinámica de la relación. Algunas causas comunes incluyen la insatisfacción sexual o emocional, la búsqueda de un sentimiento de emoción y novedad, problemas de confianza, la falta de comunicación o interacción, y la búsqueda de una satisfacción personal o emocional que no se encuentra en la relación actual. También pueden existir factores externos, como el estrés o los cambios en las circunstancias de la vida, que contribuyen a esta situación.

Los sueños turban y conturban con sus visiones.

El tiempo que se nos ha concedido de quietud no es sereno pues nos aterran los sueños y conturban las visiones. Y aunque no sean verdaderamente tristes o terribles o laboriosos, sin embargo, entristecen, aterran y fatigan en tanto algunas veces lloramos y con frecuencia perturban a los

que vigilan. Si es alegre lo que ven verdaderamente, de ningún modo se entristecen los que no duermen, pero aquellos sueños se alejan. (Inocencio III, 2018, pp. 203-204)

La vida está llena de amarguras. La calamidad está al acecho e irrumpe en la vida de los seres humanos sin aviso previo. La vida es tormentosa. Además, son miserables aquellos que soportan los tormentos a los que son sometidos:

Golpeados con látigos, degollados con espadas, quemados con llamas, lapidados, destrozadas sus uñas, suspendidos del patíbulo, atormentados por tigres, flagelados por escorpiones, reducidos con cadenas, sofocados con lazos, reclusos en cárceles, macerados con ayunos, precipitados y hundidos en aguas, desollados y descuartizados, despedazados y traspasados, que van a la muerte y van sin remedio, a la espada, al hambre, a la cautividad. Juicio cruel, suplicio inhumano, triste espectáculo. (Inocencio III, 2018, pp. 206)

La vida es, pues, una lucha. “*Lucha es la vida del hombre sobre la tierra*” (Job VII, 87). ¿Y no es una verdadera pelea cuando son muchos los enemigos que siempre y por todas partes están ahí, para agarrar, perseguir y hacer perecer, como son el demonio, el hombre, el mundo y la carne? El demonio con los vicios y la concupiscencia, el hombre con las bestias, el mundo con los elementos, la carne con los sentidos” (p. 200). Aparte, la muerte siempre está cerca. Por eso es mejor morir antes de nacer, sentir la muerte antes de ser consciente de la vida. Las causas de muerte pueden ser varias. Ya morir es cosa detestable y claro indicio de la miserable condición del ser humano. Entre las causas se cuentan las enfermedades terminales, los accidentes, las enfermedades infecciosas, la insuficiencia de algunos órganos, el suicidio, el homicidio, la eutanasia, el envejecimiento, las catástrofes naturales, las guerras o la violencia endémica.

Y por todo lo anterior, en especial por su cuerpo, es por lo que el ser humano es miserable. Este transforma las comidas en gusanos que siempre roen y comen sin parar. El cuerpo es una masa de putrefacción y suciedad horrible que siempre hiede. A causa

de su cuerpo, vive vicisitudes llenas de dolor que hacen que su vida se llene de sombras; esto es, sea miserable.

Desarrollo actualización del argumento del Segundo Libro

Los deseos, las pasiones, los pecados y las actitudes pecaminosas son otros factores, y por tanto razones, de la miserable condición humana. Pecado viene del latín *peccatum*, cuyo origen está en *peco*, contracción de *pedico*. *Pecco* significaba tropezar. De ello derivó en cometer una falta. Así pues, pecado es delito, falta, culpa o acción culpable. Una culpa es falta o imputación, o es un sentimiento de que se cometió dicha falta o delito. El *pecado* original introdujo la posibilidad de pecar, de *tropezar*, de dar un traspie a cada paso dado. *Pecco* se relaciona con la raíz indoeuropea *ped-*, que significaba pie. Con el pecado original se perdió la inocencia primera. Desató el deseo, las pasiones y las actitudes culpables, a saber, los pecados capitales.

Las pasiones —emociones intensas— pueden considerarse irracionales, porque su influencia en la toma de decisiones parece inhibir el uso de la razón o la lógica. Nublan el juicio. Se dice que llevan a las personas a actuar impulsivamente y sin tener en cuenta las consecuencias de sus acciones. Hay corrupción moral cuando un individuo o grupo actúa de manera inmoral para lograr algún objetivo, como obtener una ganancia económica, conseguir el poder o beneficiarse personalmente. Lo anterior tiene consecuencias negativas para la sociedad en general. La corrupción moral puede incluir acciones como sobornos, nepotismo, explotación de trabajadores, enriquecimiento ilícito, discriminación y abuso de poder, entre otros. La corrupción moral no es exclusiva de la esfera pública; también ocurre en el ámbito privado. Lo anterior revela que el ser humano, en su conducta, no se ordena al bien común, sobre todo por la falta de conciencia, la búsqueda de su propio interés, la discordancia en los valores y la falta de responsabilidad.

A continuación, se describen las consecuencias de los pecados capitales, que trata Inocencio III en el segundo libro de su texto, y cómo, en el entendido de que son parte de la condición humana, esta es mis-

erale porque manifiesta la debilidad de la vida y lo dolorosa que es.

La soberbia es un rasgo de personalidad o un comportamiento caracterizado por una excesiva confianza en uno mismo. Está relacionada con varios problemas de salud mental y tiene un impacto negativo en la vida de una persona y en sus relaciones. Entre estos problemas de salud mental se cuentan el trastorno narcisista de la personalidad (la persona tiene una autoimagen inflada, busca admiración constante y carece de empatía hacia los demás), el trastorno antisocial de la personalidad (con comportamientos antisociales como la manipulación y la falta de remordimiento por sus acciones), los trastornos del estado de ánimo o la incapacidad para manejar adecuadamente sus emociones, que pueden traer consigo depresión o ansiedad; problemas de relaciones interpersonales, es decir, dificultad para establecer y mantener relaciones saludables debido a su insensibilidad; problemas de adaptación a cambios en sus circunstancias o para aceptar críticas constructivas; y estrés y conflicto. Por ello, la soberbia enfatiza la miserable condición humana.

La avaricia es un deseo excesivo de acumular riqueza o posesiones materiales. Los comportamientos y actitudes avariciosas pueden tener implicaciones en la salud mental y en la vida de una persona. Estos problemas pueden ser: trastorno obsesivo-compulsivo relacionado con la acumulación de objetos materiales; trastorno de acumulación compulsiva, que consiste en recoger y guardar excesivamente objetos sin valor; trastorno de la personalidad por evitación en el gasto de dinero o en compartir con otros por temor a perder sus posesiones; trastornos de ansiedad y depresión derivados de la acumulación de riqueza o de la obsesión por el dinero; problemas en las relaciones interpersonales que pueden dañarlas, lo que puede llevar a la soledad y a la insatisfacción; insatisfacción crónica; y adicción al trabajo. Así, la avaricia acentúa la miseria de la vida humana.

La lujuria se refiere a un deseo sexual intenso. Es patológica cuando se convierte en un comportamiento compulsivo que interfiere significativamente en la vida. Y lo hace cuando se vuelve adicción, es decir, cuando la compulsión sexual es incontrolable, al punto de afectar la vida diaria y las relaciones; cuando aparecen trastornos de la conducta sexual al participar en comportamientos sexuales riesgosos que ponen en

peligro la salud física o emocional; cuando surgen trastornos del control de los impulsos; cuando ocurren trastornos del estado de ánimo, como los sentimientos de culpa, vergüenza o depresión; cuando se presentan trastornos de ansiedad, es decir, cuando las preocupaciones excesivas relacionadas con la lujuria generan ansiedad; y cuando hay problemas en las relaciones interpersonales. Si alguien siente que su comportamiento sexual o sus deseos están causando angustia significativa, daño a sí mismo o a otros, o si experimenta dificultades en su vida debido a la lujuria excesiva, está en condiciones de descubrir que su miseria aumenta por la lujuria.

La gula se refiere a un apetito excesivo y descontrolado por la comida, especialmente por alimentos indulgentes y poco saludables. Hay varios trastornos asociados a la gula: trastorno por atracón (episodios recurrentes de ingesta excesiva de alimentos en un corto período de tiempo, acompañados de una sensación de pérdida de control); trastornos alimentarios (bulimia o episodios de ingesta excesiva seguidos de purgas o alimentación selectiva); obesidad; trastornos del estado de ánimo (depresión o ansiedad); trastornos del control de los impulsos; sentimientos de culpa y vergüenza; problemas de autoimagen y autoestima; y problemas de relaciones interpersonales. Que alguien esté atrapado en un patrón de alimentación excesiva que afecta negativamente su salud física y emocional constata su propia miseria humana.

La pereza, o la falta de motivación y energía para llevar a cabo actividades, puede ser un síntoma o un componente de varios problemas de salud mental. La pereza esconde afecciones de la salud, como la depresión, la falta de energía e interés, el trastorno bipolar, el trastorno del sueño, el trastorno de ansiedad, el trastorno por déficit de atención hiperactividad, y los trastornos de la personalidad, como la apatía o la falta de motivación, así como el abuso de sustancias y los trastornos alimentarios, como la bulimia o la anorexia, y la fatiga crónica. Cuando hay una falta persistente de energía, motivación o interés en la vida cotidiana, la salud mental está en riesgo. Es verdad que, más allá de la muy común recomendación de buscar ayuda profesional, el dato antropológico revelado es que la condición humana es miserable.

La ira es una emoción humana normal. Cuando la ira se vuelve intensa, frecuente, desproporcionada o

difícil de controlar, puede estar relacionada con varios trastornos de salud mental y trastornos psicológicos. Estos pueden incluir el trastorno explosivo intermitente e incontrolable de ira, que puede manifestarse a través de agresión verbal o física hacia otros o daño a la propiedad; el trastorno del estado de ánimo, es decir, la irritabilidad persistente puede ser síntoma de un trastorno bipolar o depresión; el trastorno de ansiedad crónica, que aumenta la irritabilidad y la tendencia a experimentar enojo; el trastorno de estrés postraumático; el trastorno del control de los impulsos; el trastorno de personalidad límite, que se presenta cuando se experimentan cambios rápidos y extremos en el estado de ánimo; el abuso de sustancias, como el abuso de alcohol u otras drogas; el trastorno del desarrollo neuropsicológico; y problemas en las relaciones interpersonales, ya que la ira incontrolable daña las relaciones con familiares, amigos y colegas; así como el estrés y problemas de adaptación. La ira es destructiva, interfiere significativamente en la vida diaria y en las relaciones. La ira es un hecho y una razón más de la miseria humana.

La envidia es una emoción que todos experimentamos en algún momento. Cuando se convierte en un patrón de pensamiento o comportamiento problemático y causa un malestar significativo o afecta negativamente la vida de una persona, puede estar relacionada con varios problemas de salud mental y dificultades emocionales, como la depresión, pues la envidia contribuye a ella, ya que la persona se siente constantemente inferior o desvalorizada en comparación con otros; la ansiedad, dado que la persona se preocupa constantemente por lo que otros tienen o logran; el trastorno de personalidad narcisista, ya que las personas propensas a sentir envidia lo descubren cuando perciben que otros reciben más atención o reconocimiento; el trastorno de personalidad *borderline*, que a menudo implica una percepción negativa de uno mismo y relaciones interpersonales tumultuosas; la baja autoestima, pues la persona se compara constantemente con otros y se siente inadecuada; problemas de relaciones interpersonales, ya que pueden llevar a la competencia, los celos y la hostilidad; el trastorno del control de los impulsos; y los sentimientos de amargura y resentimiento. La envidia puede ser una señal de que una persona tiene necesidades o deseos insatisfechos. La envidia es vil. Sentirla y vivirla es miserable.

La mentira, o el comportamiento engañoso, puede ser un síntoma de varios problemas de salud mental, como el trastorno facticio, que implica el fingimiento de síntomas médicos o psicológicos para recibir atención médica o simpatía; el trastorno de la personalidad antisocial, en el que se desarrolla un patrón de comportamiento engañoso, manipulativo y de falta de empatía hacia los demás; el trastorno de la personalidad histriónica, que consiste en exagerar o distorsionar la verdad para buscar atención y validación constantes; el trastorno de la personalidad narcisista; el trastorno de la personalidad límite, que se manifiesta cuando se exageran experiencias y sentimientos para buscar atención o evitar el abandono; el trastorno de la alimentación ficticio, que implica mentir sobre la ingesta de alimentos o el peso como parte de un trastorno de la alimentación ficticio; el trastorno de ansiedad social, que se presenta para evitar situaciones sociales que causan ansiedad; la depresión; los trastornos del control de los impulsos; y el estrés postraumático, que se refiere a mentir sobre experiencias traumáticas para evitar la confrontación con recuerdos dolorosos. La mentira, así como es síntoma de sí misma o de alguna otra cosa, es síntoma de lo miserable que es vivir humanamente.

El miedo es una emoción natural y adaptativa que puede ser beneficiosa en ciertas situaciones, ya que alerta sobre peligros y ayuda a tomar medidas de protección. Cuando el miedo se vuelve crónico, irracional o abrumador, se relaciona con problemas de salud mental. Estos problemas pueden incluir la ansiedad, el estrés postraumático, el trastorno obsesivo-compulsivo, la depresión, la falta de apetito o su opuesto, la falta de sueño, problemas en las relaciones interpersonales, problemas de autoestima, abuso de sustancias y aislamiento social. Cuando el miedo se vuelve crónico, desproporcionado o limita la vida cotidiana de una persona, e incluso antes de esto, revela lo miserable de la condición humana.

Y por todo lo anterior, es por lo que el ser humano, por su deseo y sus pasiones, es miserable. Por su deseo y sus pasiones, el ser humano vive vicisitudes llenas de sufrimiento que hacen que su vida se llene de sombras; esto es, que sea miserable.

Influencias y discusiones posteriores a la publicación de *De contemptu mundi sive De miseria humanae conditionis*

Inocencio III escribió su obra en el marco de una discusión sobre la miseria humana recurrente en la época:

Cabe pensar que **De miseria conditionis humane** pudo haber tenido una influencia en la **Divina Comedia** de Dante Alighieri (1265-1321). Ambas obras comparten la preocupación por la condición humana y la necesidad de reconocer la propia miseria. Dante describe la miseria humana en el **Infierno**. Este se estrecha conforme desciende; los pecados estrechan conforme se hacen cada vez más interiores. El Llanto en la Comedia de Dante es signo de la miserable condición de los condenados al Infierno. Vivir en un infierno, vivir un infierno, valle de lágrimas; de un lugar a un estado. Las almas de los condenados sienten la tortura a la que son sometidas en el infierno. Los pecados que condenan van de los más sensuales a los menos. Incontinencia, malicia y bestial locura. El mal es el recibido y el hecho. Sigue habiendo lujuriosos, avariciosos, envidiosos, iracundos y traidores. La lujuria es más exterior, luego está la gula. Al final llega la traición. Y lo mismo que Inocencio III, Dante también reconoce la dependencia humana de la gracia divina para lograr la felicidad eterna. Como Dante tuvo una formación intelectual y teológica influida por la obra de San Agustín, cuyas ideas sobre la miseria humana y la necesidad de la gracia divina se asemejan a lo que se presenta en la obra de Inocencio III, si no hay una influencia directa, sí es posible decir que ambos beben de la misma fuente.

Lo opuesto a la miseria es la dignidad. Inocencio III dejó pendiente el proyecto de un libro *sobre la dignidad de la condición humana*. Esta circunstancia sesgó la recepción de su obra y trajo consigo que las *contestaciones* a su texto *De miseria conditionis*

humane o al tema y la tesis llegaran junto con el Renacimiento.

Gianozzo Manetti (1396-1459) contestó al escrito del papa con otro texto titulado *De dignitate et excellentia hominis*. Dos ideas opuestas se enfrentaban: por un lado, la tradicional consideración sobre las limitantes (debilidades, vilezas) humanas, su nacimiento en pecado y su necesidad de la gracia divina; y, por otro, la grandeza humana, que, como dirá más tarde Nicolás Maquiavelo (1469-1527) en su libro *El príncipe* (1998), cuando oponga a la fortuna al ser humano, su grandeza (dignidad) presente en su capacidad creadora y que se refleja en su propia vida, cultura, sociedad e historia.

Giovanni Pico de la Mirandola (1463-1494), en su obra *Discurso sobre la dignidad del hombre*, utilizó elementos de la reflexión sobre la miseria y la dignidad humanas para afirmar la capacidad humana de buscar la excelencia y el conocimiento divino. A modo de resumen, Pico de la Mirandola sostiene que la dignidad del hombre se encuentra en la libertad; aunque, a la vez, es motivo de perdición, ya que, en cada decisión, él se pone en peligro. Así como puede elevarse por encima de sí mismo, puede corromperse y caer a lo más bajo (Pico de la Mirandola, 2003).

Ni Manetti ni Pico de la Mirandola refutan a Inocencio III. Agregan. Ya este había previsto que no hay miseria sin dignidad, aunque no escribe o publica su prometido tratamiento de ella.

Juan Luis Vives (1492-1540), al igual que Pico de la Mirandola, aunque reconociendo la miserable condición humana, pone el acento en su dignidad, que se manifiesta en su capacidad para llegar a ser, incluso, semejante a los dioses. En su *Fábula del hombre* cuenta lo siguiente: reunidos los dioses, griegos, por supuesto, se disponen a presenciar una representación en la que la creación, con todos sus elementos, se presenta según su naturaleza, cuando de pronto aparece un mimo. Este mimo deja sorprendidas a las divinidades, pues se presenta como una roca en un momento y, en otro, ya es “una puerca barrosa y delictuosa”. Llega a ser hombre, pasa a “demonio”, alcanza a los dioses y, por último, se “transfigura” en el mismo Zeus. ¿Quién es ese capaz de hacerse una y otra cosa, ese que no posee una naturaleza fija, ese que, en lugar de enojar a los dioses, les causa agrado? La respuesta es obvia: el ser humano. La dignidad

de ser hombre radica en elevarse por decisión propia (Vives, 1947).

Más adelante, sin referencia a Inocencio III, Blaise Pascal (1623-1662), en sus *Pensamientos*, también dará cuenta de la miseria humana, tanto por su naturaleza como por sus esfuerzos por evadirla u olvidarla, como ocurre con la diversión. El ser humano es insignificante en comparación con el Universo, observará el filósofo francés. Es verdad que también apunta lo que hace al ser humano digno; esto es, el pensamiento, ya que, en tan frágil criatura, está presente una capacidad enorme para comprender y conocer la realidad, de actuar libremente y no según la necesidad mecánica de la naturaleza. Pero Pascal creía, inspirado en San Agustín y en Jansenio, que la miseria de la condición humana se debía a la alienación del hombre de Dios, al pecado, pues. Por eso, solo la fe en Jesucristo podía rescatar al ser humano de esta condición y proporcionar el verdadero significado de la vida. Para Jansenio, lo mismo que para el Obispo de Hipona, la miseria de la condición humana se debe a la naturaleza pecaminosa del hombre y a la necesidad de la gracia divina para su redención.

En la línea de Pascal, Jansenio y San Agustín, de los seres humanos puede decirse, en primer lugar, que, en ocasiones, son irracionales, porque ser racional significa saber pensar y, como a pensar se aprende, no todos lo han aprendido bien. Pero, en segundo lugar, no puede decirse de los hombres que algunos sean inmortales. Todos, inexorablemente, han de morir y eso es el principio de su miseria.

Otros filósofos, de diferentes tradiciones o tendencias de pensamiento, han tratado la miseria de la condición humana, aunque no se remitan a Inocencio III. Los menciono de memoria: Arthur Schopenhauer argumentaba que la vida humana está dominada por el sufrimiento; Friedrich Nietzsche consideraba que la vida era inherentemente un sinsentido; Jean-Paul Sartre hablaba de la angustia existencial como una parte inherente de la condición humana, que es una pasión inútil; y Martin Heidegger proponía que la condición humana implicaba una profunda relación entre la mortalidad y la temporalidad.

El sufrimiento, el sin sentido, la angustia y la muerte son indicios de la miseria humana.

Más recientemente, en el artículo titulado “El dolor no enseña siempre”, Miguel García-Baró (2006) reflexiona sobre el sufrimiento humano y cómo este puede ser una oportunidad para comprender, desde el dolor, que no siempre enseña la miseria y la fragilidad de la condición humana, para decirlo en la clave que se viene exponiendo.

Síntesis y reflexión sobre la obra de Inocencio III

Los seres humanos son inherentemente miserables debido al pecado original (dato revelado) y a la debilidad humana, y solo a través de la gracia de Dios y la fe en Jesucristo se puede alcanzar la felicidad eterna. La fe cristiana, en consonancia con el judaísmo, motiva a creer que el ser humano fue creado en un estado de inocencia y felicidad, pero, por el pecado original, el de Adán y Eva en el jardín del Edén, perdió tal estado. Este pecado transmitió una mancha de culpa a todos los seres humanos, lo que hizo que estos fueran (y sean) propensos a equivocarse, a tomar malas decisiones, a la enfermedad y a la muerte. El ser humano es, por naturaleza, un ser caído, pecaminoso, débil y necesitado.

Para Inocencio III, existen Dios y la realidad. En esta se encuentra el ser humano, un ser creado en estado de inocencia por Dios. Sin embargo, por el pecado original se volvió propenso al pecado. Por ende, existen el pecado original, que transmitió una mancha de culpa a toda la humanidad, y con él, el pecado, la debilidad, la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Todo lo anterior constituye la condición de miseria que recae sobre los seres humanos, y esta condición remite a la necesidad de redención que solo puede advenir desde la gracia divina.

Ser “propensos a” significa que los seres humanos están *inclinados* hacia el mal, esto es, a comportamientos pecaminosos, y están sujetos (atados, encarcelados y sin posibilidad de evasión) a sufrir enfermedades y la muerte. Dice Inocencio III que

Hay que saber que el alma humana tiene tres naturales potencias o tres fuerzas naturales: la racional que discierne el bien del mal; la irascible que rechaza el mal; la concupiscible que apetece el bien. Es-

tas tres fuerzas se corrompen por tres vicios opuestos. La fuerza racional por la ignorancia, que no discierne el bien del mal; la fuerza irascible por la iracundia que tira lejos el bien; la concupiscible por la concupiscencia que apetece el mal. La primera genera el delito; la última pare el pecado; la de la mitad engendra el delito y el pecado. Pues es un delito no hacer lo que se debe hacer y pecado hacer lo que no se debe hacer. Estos tres vicios se reúnen por la carne corrupta y por tres naturales halagos. En el comercio carnal, la mirada de la razón se adormece, de modo que se siembra la ignorancia; la comezón de la libido se irrita y propaga la iracundia; el afecto de la voluptuosidad se sacia y genera la concupiscencia. Es la tiranía de la carne, la ley de los miembros, el estimulante del pecado, el abatimiento de la naturaleza, el alimento de la muerte, sin los cuales nadie nace y nadie muere. (Inocencio III, 2018, pp. 187)

Esto es la miseria inherente a la condición humana después del pecado original. Ahora bien, para Inocencio III, la verdad última está en Dios. Se basa en que Dios la enseñó con su palabra y es transmitida por la Iglesia y la teología. Esto es, la razón humana, limitada de suyo, es incapaz de alcanzar la verdad sobre su naturaleza si no es auxiliada por la revelación. Y, ya que el ser humano es un ser creado, caído, pecaminoso y miserable, está llamado tanto a reconocer el propósito que Dios tiene para él como a obedecer los mandatos divinos y aceptar su voluntad. Así pues, cabe hablar de una ética de la humildad y la dependencia. En consecuencia, es posible notar que se implican orientaciones de aplicación en el ejercicio del poder, con énfasis en un gobierno justo y moral, basado en los mandamientos de Dios y la búsqueda de la felicidad eterna. Por lo tanto, la educación de los seres humanos debería fundarse en esa ética de la humildad, la obediencia divina y el reconocimiento de la fragilidad humana, para garantizar mejor la formación moral y espiritual de las personas.

A reserva de evaluar más a detalle los supuestos teológicos (y ontológicos) en otro momento, los antropológicos de la obra de Inocencio III tienen vi-

gencia. Esto es, aun prescindiendo de la existencia de Dios, de sus mandamientos, del pecado original y de la condena al Infierno, sigue siendo verdad que la condición humana es miserable por su cuerpo, sus pasiones y su muerte, porque las razones que da para ello son irrefutables, a pesar de las objeciones que pudieran hacerse desde cierta perspectiva relativista o culturalista, a saber, la que sostiene que la realidad es un constructo cultural.

Inocencio III admite una naturaleza humana dada, metafísica, diríase, pero que bien puede coincidir con las actuales física y biología. Esta admisión supone la aceptación de factores determinantes en los rasgos y el comportamiento humano. A esta admisión la precede la asunción de una realidad objetiva, como se decía, que para el papa del siglo XII es, otra vez, metafísica, pero que bien puede coincidir con las asunciones realistas actuales de las leyes de la física, la biología y la matemática. En el fondo, se trata de partir del sentido común y la experiencia diaria, ya que estos sugieren la existencia de una realidad básica, una naturaleza humana. Ahora bien, esta posición solo se opone a que todo sea un constructo cultural y no a que una buena parte de la *realidad* lo sea.

Efectivamente, no es lo mismo decir que todo es un constructo cultural que decir que gran parte de la realidad es un constructo cultural. La primera afirmación sugiere que todos los aspectos de nuestra realidad son determinados por factores culturales o sociales y que la naturaleza no juega un papel significativo. La segunda afirmación sugiere que, si bien hay ciertos aspectos de la realidad que están determinados por factores objetivos y universales, como las leyes de la física o la biología, cuyos supuestos, aunque no siempre bien admitidos o aceptados, son metafísicos, muchos otros aspectos son construcciones sociales o culturales. Esta sería una postura intermedia, no universalista ni realista.

Así, aunque se admita que hay aspectos de la realidad que son constructos culturales, el señalamiento de Inocencio III, que impacta en estos aspectos, se refiere a los factores objetivos y universales que, en buena medida, condicionarán a los primeros. Esto es, según lo que le pasa al ser humano, a saber, sus miserias: actúa y construye, en consecuencia, suplementos o auxilios que puedan hacerle más llevadera

la existencia. Y una cosa que puede ayudar es una ética de la misericordia.

A modo de cierre: hacia una ética de la misericordia

En consonancia con San Agustín, pero influido por Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, en su *Suma de Teología*, adelantará elementos para esa ética de la misericordia. En lo que sigue, lo exponemos siguiéndolo lo más de cerca posible, para después, en síntesis, y recordando lo dicho por San Agustín e Inocencio III, bosquejar una ética de la misericordia.

La misericordia es una especie de tristeza, recuerda Tomás de Aquino, citando a Juan Damasceno. El mal es su motivo, causa u ocasión, *aunque* la culpa es un mal mayor que la pena y provoca indignación y no misericordia. Como es voluntaria, es más objeto de castigo que de misericordia. Sin embargo, la culpa puede ser pena, porque lleva anejo algo involuntario o contra la voluntad, lo que puede inspirar misericordia. De ello derivan los sentimientos de piedad y compasión hacia los culpables. Aunque lo cruel y despiadado, en una palabra, lo inhumano, implica la cumbre del mal y es distinto de lo lastimoso, lo inhumano impide la misericordia (Aristóteles, *Rhet.* II). Pero la misericordia es compasión por la miseria ajena y por la propia, por analogía, como ocurre con la justicia (Aristóteles, *Ethic.* V).

Propiamente, no se siente misericordia por uno mismo, sino dolor cuando se padece una crueldad; así también uno se conduce de los infortunios de personas allegadas como si fueran propios, *aunque* los indicios de males no son males e incitan la misericordia. Los males no lo hacen. *Pero*, así como la esperanza y el recuerdo de los bienes deleitan, la expectativa y el recuerdo de los males entristecen, aunque no tanto como los presentes. Los indicios, porque evocan los males, mueven a la conmiseración. “La misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón ante la miseria de otro, sentimiento que nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos” (San Agustín, *De Civ. Dei*). Misericordia significa tener el corazón compasivo por la miseria de otro. La miseria se opone a la felicidad. Esta consiste en tener lo que se desea.

Es bienaventurado el que posee lo que quiere y nada malo quiere (San Agustín, *De Trin.* XIII).

La miseria consiste en sufrir lo que no se quiere. Lo que no se quiere son los *males*. Hay tres maneras de querer algo: por deseo natural (como ser y vivir), por elección premeditada y por su causa, no por sí misma. Respecto a la miseria, el motivo de la misericordia es lo que contraría el deseo natural, esto es, los males que arruinan y contrastan, y cuyo efecto opuesto desea el ser humano. “La misericordia es una tristeza por el mal presente, que arruina y entristece” (Aristóteles, *Rhet.*).

Los males incitan más a la misericordia si se oponen a una elección voluntaria libre. Son más dignos de *compasión*. “Los males *cuya causa es la fortuna*, por ejemplo, *cuando sobreviene un mal donde se esperaba un bien*” (Aristóteles, *Rhet.*). Aún son más dignos de misericordia los males que contradicen la misericordia. “La misericordia llega a su extremo en los males que alguien sufre sin merecerlo” (Aristóteles, *Rhet.*). Es el caso de quien busca el bien y encuentra el mal (ST P. II-IIae q. 30, a. 1). La misericordia es un tipo de tristeza. Los defectos son motivo de tristeza. Los débiles son más propensos a los defectos.

La razón de ser misericordioso son los defectos propios de quien se compadece. Aunque no sería el caso si se atiende a que es propio de Dios tener misericordia (Sal. 144, 9) y no puede adjudicársele ningún defecto. *Pero* Dios nos tiene misericordia por amor, porque nos ama como algo suyo. *Aunque* si el motivo de la misericordia son los propios defectos, los más misericordiosos serían los más necesitados, y no es así (Aristóteles, *Rhet.* II); la misericordia no se explica por los defectos del misericordioso. Pero quienes han sufrido males extremos no temen sufrir más, y por eso son misericordiosos. *Aunque*, si sufrir un ultraje acusa defecto, los afrentados no tienen misericordia, y por eso la causa de esta no está en el defecto del que se compadece.

Ahora bien, los dispuestos al ultraje, por padecer una afrenta o estar dispuestos a inferirla, son impulsados por la ira y la audacia; no tienen idea de que pueda padecerse nada en el futuro, de ahí que en ese temple no tengan misericordia. *Pero* tampoco tienen misericordia los soberbios que desprecian a los demás y les tienen por malos. No tienen compasión, sino desdén (San Gregorio, *Homilia*).

La misericordia es un tipo de tristeza motivada por los defectos. Se es misericordioso por los defectos propios de quien se compadece. La misericordia es compasión por la miseria ajena; esto es, siente misericordia quien se duele de la miseria de otro. Lo que nos entristece y hace sufrir es el mal que nos afecta y la miseria ajena en cuanto la consideramos como nuestra. Esto se da, primeramente, por la unión afectiva producida por el amor. Quien considera al amigo como a sí mismo hace suyo el mal que él padece. Por eso, se duele del mal del amigo como propio.

La condolencia es uno de los sentimientos de la amistad (Aristóteles, *Ethic.* IX): gozar con los que gozan, llorar con los que lloran (Rom 12, 15). Se da también, segundamente, por la unión real que hace que el dolor que afecta a los demás esté tan cerca que de él pase a nosotros. “Los hombres se compadecen de sus semejantes y allegados, por pensar que también ellos pueden padecer esos males” (Aristóteles, *Rhet.* II). Los ancianos y los sabios son más inclinados a la misericordia, como los asustadizos y débiles, que piensan en los males que se ciernen sobre ellos. No son tan compasivos los que se creen felices y fuertes, pues no piensan en que pueden ser víctimas de algún mal. Por tanto, el defecto es siempre motivo de la misericordia: el propio, el ajeno considerado como propio o como posibilidad de padecer lo mismo (ST P. II-IIae q. 30, a. 2). Hasta aquí con el Aquinate.

Las miserias humanas siguen azorándonos. Uno ve la miseria y la reconoce como tal, antes de compadecerla, compadecerse o compadecer al mísero o miserable. El ser humano es miserable porque es capaz de miseria. La miseria se nota en las carencias, los dolores, los miedos, las culpas y las fatigas de vivir (San Agustín). Las condiciones de la existencia humana son precarias. Es lo que hay. Son las cartas que nos tocan o con las que nos toca jugar. Incluso, recientemente, Byung-Chul Han (2012, 2013a, 2013b, 2014, 2018a, 2018b) alude a aspectos que indican miseria, como el cansancio, la negatividad, la sociedad paliativa, la negativa a la negativa y el miedo al dolor (los dolores, las carencias, los miedos, las culpas y las fatigas). La miseria nos adviene, nos llega de algún lado. El ser humano adviene al mundo. La enfermedad adviene. La miseria consiste en sufrir lo que no se quiere, esto es, sufrir el mal (ST. II-IIae q. 30, a. 1, 2). El mal vivido provoca la miseria. La

miseria es, por eso, una especie de mal. El mal vivido no se quiere. El mal presente arruina y entristece. No se quieren las calamidades, las fatigas, los temores y las tentaciones. La miseria hace que (todos) los días sean malos. Las lágrimas son testimonio de ello y de aquella (San Agustín, *Sermón* 167, 2-4).

De entre los misterios destacan la muerte, la responsabilidad absoluta y el perdón. Lo notable es que el sufrimiento los atraviesa a todos. El sufrimiento es efecto de la miseria, que es efecto del pecado. Por eso, las miserias humanas son un misterio. Misterio se define como “lo de cualquier modo inasible”. Miseria es desgracia, es decir, que uno se ha quedado sin la gracia. En esto está el misterio de las miserias humanas. La gracia es sentido. El mal es el destructor del sentido. Tener sentido es tener esperanza. Sentido y esperanza ordenan y orientan. Dan razón de la vida y sus efectos. El mal, cuando destruye el sentido, deja sin esperanza. El verdadero mal es el que uno hace, no el que uno recibe (García-Baró, 2012). Dice Cristo: “dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados”. De la constatación de la miseria, pues, se desprende, filosófica y teológicamente, una propuesta ética, una ética de la misericordia.

En resumen, el ser humano no solo es miserable en y por lo propio, sino también por las miserias ajenas. De ello surge, como virtud, la misericordia, que es una cierta miseria contraída en el corazón. La palabra misericordia, comenta San Agustín, indica el dolor que se siente por un miserable. La palabra se compone de *miseria* y *cor*, de miseria y corazón. La misericordia engloba las obras buenas. Dar de comer al hambriento es un acto de misericordia. Eso merece, no el desprecio. La misericordia permite el reconocimiento del otro como un semejante y, a la vez, el reconocimiento de la compartida miserable condición humana. Así como se espera compasión, es deber compadecerse. Lo que se siembra se cosecha: el que obra bien y se compadece, eso recibirá; el que no, se hará más miserable.

Ante la miseria, se puede sentir *misericordia*. Esta es la compasión por la miseria ajena. Es un tipo de tristeza. Su causa es el mal de la miseria. El motivo interno de la misericordia son los **defectos* propios o los ajenos considerados como propios. Se siente misericordia porque se descubre que en nosotros hay defectos o vicios. Los defectos de unos y otros son ocasión del mal recibido, cuyo efecto es la pena, y

del mal hecho, cuya consecuencia es la culpa. El mal recibido es lastimoso; lastima (hiere) y da lástima. Identificado el mal, entristece y, análogamente o por comparación con uno mismo, lleva a la compasión por el otro. Esta compasión lleva a actuar por el bien del otro, y este actuar así es un bien para uno mismo.

Referencias

- García-Baró, M. (2006). *Del dolor, la verdad y el bien*. Sígueme.
- García-Baró, M. (2012). *Elementos de antropología filosófica*. Jitanjáfora.
- Han, B. C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Han, B. C. (2013a). *Agonía de eros*. Herder.
- Han, B. C. (2013b). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B. C. (2014). *En el enjambre*. Herder.
- Han, B. C. (2018a). *Buen entretenimiento*. Herder.
- Han, B. C. (2018b). *Hiperculturalidad*. Herder.
- Inocencio III. (2018). *De contemptu mundi sive de miseria conditionis humanae Libri Tres* (G. Soto-Posada, Intro., trad. y notas). *Cuestiones Teológicas*, 45(103), 179–254.
- Maquiavelo, N. (1998). *El príncipe* (R. Reschella, Trad.). Losada. (Biblioteca clásica y contemporánea).
- Pascal, B. (1981). *Pensamientos*. Espasa-Calpe.
- Pico della Mirandola, G. (2003). *Discurso sobre la dignidad del hombre* (A. Ruiz Díaz, Trad.). UNAM. (Colección pequeños grandes ensayos).
- San Agustín. *Sermón 167*. <https://www.augustinus.it/spagnolo/index.htm>
- San Agustín. *Sermón 358A*. <https://www.augustinus.it/spagnolo/index.htm>
- Santo Tomás de Aquino. *Summa Theologiae*, II-IIae, q. 30, a. 1–2.
- Soto, G. (2018). Introducción. En Inocencio III, *De contemptu mundi sive de miseria conditionis humanae Libri Tres* (pp. 179–254). *Cuestiones Teológicas*, 45(103).
- Vives, L. (1947). Fábula del hombre. En *Obras completas* (Vol. I, pp. 539–540). Aguilar. Citado en L.

Villoro (1992), *El pensamiento moderno* (pp. 30–31). FCE.

Sobre el autor

† Profesor e investigador de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Autónoma de Querétaro, México. Doctor en Artes. Maestría en Arte Contemporáneo y Sociedad. Licenciado en Filosofía.